

# CONOCIENDO A LOS ADULTOS DEL SIGLO XXI

NOEMÍ ALLIDIÈRE

LAURA BERENBAUM

## Introducción

Nos proponemos aportar, desde la psicología, a la comprensión de la subjetividad de las personas adultas, pensando que resultará un insumo útil para las intervenciones del trabajador social.

Múltiples y muy complejos son los determinantes que se deben tener en cuenta para estudiar esta crisis evolutiva que, por tratarse de una construcción social, está determinada no solamente por la historia singular de cada sujeto, sino también por complejos factores históricos, políticos, económicos, sociales, culturales y subculturales.

Observamos que, actualmente, en la cultura mundializada, las diferencias entre las edades evolutivas tienden a desdibujarse o borrarse. Determinada por la globalización de la economía y los mercados, la mundialización cultural genera, a través de la influencia de los medios masivos de comunicación, en los diferentes públicos, cierta “ilusión” de hegemonía etaria, que tiende a reproducirse a nivel de las subjetividades individuales, generando una percepción distorsionada de las etapas evolutivas de la vida. De este modo “la infancia se acorta y tiende a desaparecer, la adolescencia se prolonga, la adultez se resiste y la vejez se niega”. (1)

Concretamente, con relación a las dificultades que empíricamente presenta el ejercicio de la adultez, en particular en lo relativo a las funciones asociadas a la intergeneracionalidad – mantenimiento de la asimetría vincular con los hijos y adecuado ejercicio de las funciones parentales de cuidado y protección -, pensamos que “se puede establecer un paralelo entre el apartamiento del Estado, a partir de las ‘políticas de ajuste’ impuestas por el neoliberalismo, de sus funciones tutelares de protección y cuidado de los pueblos (garantía de trabajo, atención de la salud, educación, seguridad, justicia) y el déficit en las funciones de sostenimiento y contención de niños y jóvenes que se advierte por parte de los padres, adultos, autoridades e instituciones en general”. (2) En este sentido consideramos que la

sostenida tendencia que, en los últimos años, se advierte en nuestro país, a la recuperación por parte del Estado de sus funciones tutelares sobre los ciudadanos (asignación universal por hijo y por embarazo, extensión del beneficio jubilatorio, disminución de la tasa de desocupación, distribución más equitativa de la riqueza, acuerdos laborales en el marco de paritarias, mayor dedicación del PBI para inversión en educación, etc.), favorecerá para que las personas cronológicamente adultas puedan, a su vez, cuidar y proteger a la generación de los niños y los más jóvenes; ya que, para poder sostener hay que estar sostenido y para poder cuidar hay que estar cuidado.

Acerca de la investigación sobre Adulthood

La investigación “Adulthood ¿una categoría psicosociológica en crisis?” (2007-2010) incluida dentro del Programa de Reconocimiento de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, y realizada por la Cátedra de Psicología Evolutiva y de la Personalidad (Allidière), iluminó acerca de algunas de las consecuencias que los cambios económicos, tecnológicos, culturales, sociales y simbólicos derivados de la globalización, junto con las secuelas de la última dictadura y la posterior implementación de las políticas neoliberales en nuestro país, dejaron sobre las identidades y los roles de los adultos. Identidades que han quedado atravesadas por una profunda crisis.

Indagamos si las expectativas teóricas, descriptas por la Psicología del Desarrollo y el Psicoanálisis para los sujetos adultos [como reducción de los sentimientos de omnipotencia y limitación de los ideales absolutos de un yo visualizado sin fisuras; abandono de la dependencia infantil y del rol de “hijo” para ubicarse en un rol de sostenedor y transmisor generacional; reducción de la impulsividad; mayor tolerancia a la frustración; posibilidad de actuar conforme a normas y leyes; compromiso y responsabilidad en lo personal y social; capacidad de asumir las consecuencias de los propios actos y productividad generalizada] se manifestaban en las actitudes y conductas de las personas reales de esta franja etaria, a la que segmentamos en tres décadas: adultez joven, 30-40 años; adultez media, 40-50 años y adultez madura, 50-60 años.

Realizamos un abordaje cualitativo, descriptivo y exploratorio, de la problemática social e individual a fin de reconocer y analizar qué factores obstaculizaban o impedían el ejercicio de la madurez afectiva y social.

La muestra de la investigación consistió en 188 entrevistas semiestructuradas en profundidad (3) - 60 a hombres y mujeres de la década 30-40 años; 58, de la década 40-50 años; y 70, de la década 50-60 años - pertenecientes a sectores socioeconómicos bajo, medio-bajo y medio, y habitantes del AGBA (Aglomerado Gran Buenos Aires, área geográfica delimitada por la “envolvente de población” o “mancha urbana” que marca el límite hasta donde se extiende la continuidad de viviendas urbanas a partir de la Ciudad de Buenos Aires (INDEC). A partir de una exploración previa, descartamos la década de 20 a 30 años por la intensa presencia de características y conflictos propios de la adolescencia.

#### Síntesis de las conclusiones generales de las tres décadas

Indagamos sobre la dimensión subjetiva de la crisis evolutiva adultez, desde los 30 a los 60 años, considerando las siguientes dimensiones:

##### 1. Auto percepción de adultez

Las personas tienden a considerarse adultas cuando han logrado cierto grado de estabilidad laboral y/o económica; y cuando han formado o proyectan formar una familia.

La intergeneracionalidad – la propia ubicación con relación a la generación de los padres y a la generación de los hijos - es el eje que orienta y organiza la auto percepción como adulto.

Durante la adultez joven (30 a 40 años), la auto percepción de madurez se asocia con la asunción de roles de responsabilidad, el logro de estabilidad laboral y la formación de una familia. No obstante, en algunos casos en que aún perseveran intensamente aspectos adolescentes, la adultez es connotada negativamente y, por ende, es rechazada para sí mismo (“Ser adulto es ser un viejo choto”, varón, 38).

En la década siguiente (40 a 50 años), se acentúa la autodefinición como adulto a partir de la independencia económica y el ejercicio del rol parental. En la segunda parte de la década, se

insinúa una actitud más reflexiva (“Antes me arrebatava más. Ahora si bien me enojo después reflexiono y si tengo que pedir perdón lo hago”, mujer, 45).

Se advierte mayor valoración de lo recibido por generaciones anteriores (“Ahora que mis hijos están más grandes puedo valorar mejor lo que me dieron mis viejos”, mujer, 45); y mayor conciencia del paso del tiempo (“Ahora siento que no soy eterno”, varón, 47).

En la adultez madura (50 – 60 años), se consolida la tendencia a la restricción del narcisismo (“Tengo algo de experiencia... aunque también cometo errores”, varón, 57) y el control de la impulsividad (“Con la edad una se vuelve menos impulsiva y piensa antes de actuar”, mujer, 55).

Se incrementa la actitud reflexiva que se enlaza con un incremento de la interioridad y con la necesidad de realizar un balance vital. Observamos que la experiencia de vida va conformando en las personas adultas un capital subjetivo inapreciable que las hace sentirse más “sabias” y “prudentes”, a la vez que les provee de recursos para entender empáticamente a las otras generaciones. (“A veces quisiera ser más joven, pero eso significa menos experiencia. Entonces yo hago un balance y no quisiera tener menos experiencia; porque todas las cosas que he vivido me sirven hoy, incluso las peores.”, varón, 50).

En términos generales observamos que, a lo largo de toda la adultez, coexisten, en mayor o menor medida, formas de funcionamiento psíquico propio de modalidades inmaduras (dependencia infantil, búsqueda de descarga y placer inmediato, impulsividad y escaso ajuste a la realidad), con modalidades maduras (dependencia discriminada, postergación de la descarga y la gratificación inmediatas y mayor ajuste a la realidad)

También detectamos mayores dificultades de acceder a la madurez emocional cuando en la infancia hubo sobreadaptación y pseudomadurez.

## 2. Adultez y ámbito laboral

El rol laboral es fuerte otorgador de identidad (“Soy albañil”, “Soy maestra”) y el ámbito de trabajo es, además, el ámbito privilegiado para la expresión de conductas maduras.

Entre los compañeros/as de trabajo, las diferencias etarias tienden a desdibujarse (“En el taller somos todos iguales, los pibes de 18 y los viejos de 60”, varón, 44).

Las relaciones inter pares con compañeros suelen ser muy importantes.

Entre los más jóvenes detectamos búsqueda de inserción y/o afianzamiento en el rol laboral. En el curso de la adultez media observamos una intensa necesidad de reconocimiento en el trabajo y marcada frustración ante los obstáculos que puedan presentarse.

Hacia la última década detectamos autoafirmación en las identidades profesionales y laborales, reconocimiento de las diferencias etarias inter pares, placer por la transmisión de conocimientos y técnicas a compañeros con menos experiencia, y menor necesidad de reconocimiento laboral (“Siento que esta es la mejor época de mi vida porque estoy afianzado en la profesión y hasta puedo transmitir a los jóvenes mi experiencia”, varón, 60).

Como tendencia general, detectamos resoluciones positivas en aquellas personas que sufrieron laboralmente la crisis del 2001/2, (“La fábrica era mucha rutina y muy desgastante...con el tiempo se hace una cárcel. Entré a los 18 y estuve 35 años...En el 2001 me tocó la reducción de personal. Fue duro porque la fábrica era toda mi vida...Con la plata que me dieron puse el kiosco. Ahora soy mi propio jefe. Me gusta pero tenés más responsabilidades y estás solo”, varón, 51)

Se advierte especialmente en los sectores medios, un gran esfuerzo por sostener el nivel económico alcanzado y mayor preocupación por el dinero. También quejas por falta de tiempo libre.

Entre las mujeres, a lo largo de todas las décadas y en todos los sectores sociales, observamos ejercicio de “la doble jornada” - trabajo y tareas domésticas-, (“Una hace muchas cosas... la pareja, los hijos, una casa, más el trabajo y además la vida social”, mujer, 45). En muchos casos, la tarea de lograr el sustento económico y cuidar a la familia queda bajo sus exclusivas responsabilidades. Aquellas mujeres que no han trabajado fuera de la casa, tienen más baja autoestima, mala resolución de la crisis media de la vida y constantes quejas ante “la injusticia por haber dejado todo por la familia”.

La idea acerca de la jubilación se expresa poco entre los entrevistados y solamente en las personas mayores de 55 años que trabajan en relación de dependencia. Dependencia que, por lo general, es valorada positivamente por la “seguridad económica” que brinda.

### 3. Crisis paradigmáticas de la adultez

Durante la adultez, se experimentan determinadas crisis accidentales, que resultan paradigmáticas de cada década.

Estas crisis que desencadenan privilegiadamente conductas maduras, son:

- Nacimiento y crianza de los hijos.
- Envejecimiento y muerte de los padres.
- Separación de la pareja y reorganización post-separación.

Por una parte, las crisis por el nacimiento y crecimiento de los hijos y por el envejecimiento y muerte de los padres, marcan intensamente el devenir temporal y favorecen, a partir de las restricciones narcisísticas que generan - por donación del propio narcisismo a los hijos y por la herida narcisística que produce el quedar expuesto a la propia finitud ante la muerte de los padres y la generación de los mayores -, un mayor ajuste a la realidad.

En este sentido observamos que las personas que no han vivido estas crisis tienden a conservar con más intensidad, los aspectos narcisistas de la personalidad.

Por otra parte, la crisis por separación de la persona con la que se han tenido hijos (por ruptura, separación, divorcio) y la reorganización postseparación puede ser considerada por su frecuencia, (2/3 de los entrevistados), también paradigmática de la adultez.

Las tres crisis nombradas se presentan de modo diferencial, según los distintos sectores socioeconómicos y subculturales.

### 3.a. Crisis por el nacimiento de los hijos

Es una crisis propia de la adultez joven (“Noto un punto de inflexión desde que nació mi primer hijo”, varón, 32); (“Me considero adulta ante todo por la responsabilidad por la nena, ahora no soy sólo yo, sino que tengo la responsabilidad de otra persona... antes me hacía problema por todo, ahora se diferenciar lo importante”, mujer, 35).

Por una parte, en los sectores populares, la aceleración de la cadena generacional por la menor expectativa de vida, la internalización de modelos familiares de parentalidad temprana y las dificultades materiales y simbólicas derivadas de la desocupación y del trabajo informal generado en nuestro país por las políticas neoliberales precipitan, compensatoriamente, la precocidad en la formación de una familia.

Entre las mujeres de estos sectores, la maternidad temprana o precoz, viene a sustituir otras realizaciones -como trabajo, estudio, vivienda- constituyendo, a nivel emocional, una suerte de “pseudoadulter”, así como una fuente identitaria privilegiada (“tener” hijos como un modo de “ser”).

Entre los hombres de estos sectores sociales, la función paterna se ve, muchas veces, obstaculizada por el déficit de modelos internalizados de paternidad. En este sentido, planteamos, como hipótesis a indagar, que una de las consecuencias no deseables de la - necesaria - caída del patriarcado es el borramiento del padre, lo que genera familias endogámicas y centradas en la línea materna; con padres desconocidos, ausentes o desvalorizados y con hijos varones que adquieren la idea de masculinidad a través del discurso materno.

Por otra parte, en los sectores socioeconómicos más favorecidos la necesidad de capacitarse para el logro de un trabajo mejor calificado, junto con una mayor posibilidad real de acceder a otros suministros materiales y simbólicos de “completud ilusoria” –como estudio, vivienda, viajes, recreación, tecnología, estética dominante, etc.- hace que se posterguen la maternidad y la paternidad, se persevere en identificaciones ilusorias con los adolescentes y se insista en el intento de ser aceptado en su mundo (dando lugar a los/las adolescentes tardíos o crónicos). Con relación a la actitud hacia los adolescentes, observamos también, en términos generales, y en todos los sectores socioeconómicos, que aquellos adultos que han vivido sus adolescencias durante la dictadura, manifiestan frecuentemente actitudes polarizadas hacia los jóvenes. O descalificación, que lleva a visualizarlos como peligrosos y violentos, por falta de experiencias que les permitan empatizar con ellos y por proyección de la propia agresión sobre la juventud. O sobrevaloración, que lleva a visualizar a todos los jóvenes de modo idealizado, como “piolas”, libres y creativos.

### 3.b. Crisis por envejecimiento y muerte de los padres

Es una de las crisis paradigmáticas de la adultez media (40-50 años). La tarea psicológica principal a realizar es la aceptación de la “orfandad” y de la idea de la propia finitud. Aceptación que, consecuentemente, conlleva a la reubicación en la cadena generacional. (“Lo más fuerte fue la muerte de mi mamá... aunque no fue la primer cosa fuerte que viví, estoy segura de que fue la más importante. Cambié un montón”, mujer, 44)

Observamos diferencias según género e inserción sociocultural en el abordaje y resolución de esta crisis; pero, generalizando, entre las mujeres de todos los sectores, detectamos un mayor involucramiento en el cuidado de los padres ancianos y más expresiones manifiestas de duelo por sus muertes (“Mi madre falleció hace muchos años... mi papá está solito y le pedí que venga a vivir con nosotros. Cuando me pongo a pensar... si le pasa algo... me muero”, mujer, 43).

Entre los hombres, los duelos tienden a ser más silenciosos y solitarios. En varios casos detectamos duelos cursados a través de la emergencia de enfermedades somáticas o de crisis traumáticas (accidentes, divorcios, precipitación de conflictos laborales, etc.) Detectamos, también en los varones, fuerte anhelo por el padre muerto/ausente quien tiende a idealizarse a partir de la pérdida real. (“Por suerte, me pude acercar a mi padre antes de su muerte... porque antes no teníamos comunicación. Lo extraño mucho. Era un tipo extraordinario”, varón, 45)

En los sectores populares, y en ambos géneros, la muerte de los progenitores suele anticiparse por la aceleración de la cadena generacional y una más baja expectativa de vida, pero el duelo tiende a mitigarse por un menor individualismo, existencia de familia extensa y redes comunitarias más solidarias. (“Cuando murió mi vieja, me ayudó mucho tener una relación muy buena con mis hermanas”, varón, 38)

### 3.c. Crisis por separación de pareja y reorganización post-separación

La tarea principal, en esta crisis muy frecuente en la adultez media, es la reorganización afectiva, familiar, económica y social. Detectamos que cursa con marcados sesgos según el género y el grupo social.

En las mujeres la separación suele ser vivida como un “quiebre vital”, aunque también, como “un desafío” con posterior mejoramiento de la autoestima, en aquellos casos en que salieron airoso de la tarea de sostener material y/o emocionalmente a la familia “sacar adelante a la familia”; (“Cuando me separé recuperé mi autoestima, fue una liberación porque yo había salido del sometimiento a mi papá y había pasado al de mi marido”, mujer, 57, casada durante 32 años).

En muchos casos, observamos que, a partir de la separación, se reforzaron las relaciones endogámicas regresivas con sus familias de origen (por dependencia afectiva, económica, habitacional, etc.). También advertimos refuerzo afectivo, en ocasiones patológico, de los vínculos con los hijos, particularmente si aún son pequeños.

Varios casos de relaciones conflictivas con hijos varones adolescentes quienes se manifiestan incómodos y rechazantes -a partir de la reedición edípica- por tener que convivir con una madre sin pareja. (“Mi hijo de 15 años, ahora me rechaza y quiere irse a vivir con el padre”, mujer, 42)

Entre los hombres la separación suele ser vivida como “exilio” (Allidière, 1986), pero también como una “liberación”, como “un volver a ser uno mismo” (“En los momentos en que estaba en mi casa yo era una persona ausente. Estaba absolutamente negado... prisionero de un sistema”, varón, 48)

En los sectores medios, la separación suele vivirse como una oportunidad para dedicarse más a la profesión y/o el trabajo, aunque con un incremento significativo de las exigencias y responsabilidades a nivel económico a partir de la separación.

En los sectores socioeconómicos de bajos recursos, detectamos menor involucramiento en la manutención económica de los hijos a partir de la separación.

Algunos hombres, justificados por la problemática económica, tuvieron que volver a la casa de sus familias de origen. Los más infantiles y narcisistas se sienten cómodos en recrear esta endogamia original (“Acá estoy bien, estoy cómodo”, varón, 48). Los más autónomos y maduros, anhelando y tratando de armar un lugar propio para poder reorganizar la relación con los hijos (“Cuando me separé no tenía donde ir a vivir y mi mamá me dijo: venite a casa. Yo me fui, pero veía que no tenía mi lugar allí y me busqué otro”, varón, 45).

En muchos casos, luego de la separación, los hijos adolescentes varones pasaron a convivir con el padre, en estas situaciones, la relación tendió a simetrizarse y confundirse con amistad y compañerismo (“Mis hijos son repiolas, no tienen ninguna historia. Somos amigos, son mis compañeros”, varón 42).

Con las hijas adolescentes relaciones más complicadas, de idealización, temor, desconcierto y celos, de “no saber cómo tratarlas”. (“Los nenes -17 y 16 años- viven en casa conmigo y la

nena -14- con la madre. Así es más fácil porque la nena está difícil y no sé cómo tratarla”, varón, 40).

Varios casos de hombres con relaciones interrumpidas con todos o alguno de los hijos/as a partir de la separación. Esta situación no se observa entre las madres.

En ambos géneros, mejor adaptación cuando se consolida una nueva pareja relativamente estable.

Duelo post-separación complicado, con fuerte herida narcisista, cuando el motivo desencadenante fue la infidelidad de la pareja (“Me cambió por carne fresca”, mujer, 47).

En aquellos casos en que la pareja continúa unida y la familia se mantiene “completa”, observamos consolidación fructífera de los roles familiares y sociales, con valoración positiva del compañerismo y la contención mutua en la pareja (“Nos llevamos muy bien... intentamos divertirnos... intentamos acompañarnos... nos respetamos”, mujer, 58); o, por el contrario, cronificación negativa y patológica de los vínculos de pareja y familiares.

### 3.d. Crisis de la adultez madura

En la adultez madura (50 y 60 años) y, a diferencia de otras décadas, no detectamos crisis claramente definidas.

Con respecto a las derivaciones de las crisis de la década anterior, separación de la pareja y duelo por la muerte de los padres, en la mayoría de los casos, están ya relativamente elaborados en la adultez madura.

Por una parte, la reorganización post-separación se ha logrado o está en marcha y, frecuentemente, se ha constituido una nueva pareja o se ha aceptado la soledad.

Entre las mujeres, la capacidad para reorganizarse y el logro de una “identidad de separada” tienden a mejorar la autoestima y suelen ser valorados positivamente. Las entrevistadas describen un “antes y un después” en el que se reencontraron consigo mismas.

Entre los hombres, la organización post-separación parece haber sido más dificultosa y observamos que, frecuentemente, los sentimientos de pérdida fueron obturados con la formación inmediata de otra pareja. Detectamos varios casos en que, a pesar del tiempo

transcurrido desde la separación, la vivencia traumática ante la pérdida de la cotidianeidad con los hijos y la casa seguía aún activa.

Por otra parte, la muerte de uno o ambos progenitores, también se produjo en la década anterior (40–50 años). En la adultez madura advertimos mayor aceptación de la pérdida, con tendencia a seleccionar recuerdos positivos y, en ocasiones, idealizados de los padres (“Solo tengo buenos recuerdos, recuerdos hermosos de mis padres....”, mujer 60)

Retrospectivamente, muchos entrevistados se refieren a la experiencia de duelo como muy difícil y dolorosa, aunque favorecedora de madurez emocional y, en ocasiones, como desbloqueadora de otras situaciones conflictivas.

Por último, señalaremos que si bien no detectamos crisis paradigmáticas durante la adultez madura, algunas experiencias movilizadoras de recursos psíquicos, aparecen recurrentemente en esta década. Entre ellas destacaremos:

- la exogamia de los hijos,
- la abuelidad,
- las dificultades para sostener el rol productivo y el nivel económico alcanzado,
- los cambios post-menopáusicos en las mujeres.

### 3.e. Crisis contingentes

Durante la adultez, como a lo largo de toda la vida, diferentes crisis contingentes -como viajes, enfermedades, duelos, accidentes, mudanzas, acontecimientos políticosociales, catástrofes naturales, etc.- hacen a la singularidad de cada historia humana y construyen subjetividad.

## 4. Indicadores del paso del tiempo

La ubicación dentro de la cadena generacional es un claro indicador del paso del tiempo durante toda la vida.

En la adultez joven (30-40 años) los entrevistados hacen referencia, además, a los siguientes indicadores objetivos del paso del tiempo: el año de nacimiento, el número del DNI (“Me

pasa en la facultad, empiezo a ver los DNI con treinta y ocho millones y el mío es veinticinco... ahí me doy cuenta”, mujer, 31 años, soltera, sin hijos); el encuentro con pares de “otra época” (“La reunión con los compañeros del secundario fue muy, pero muy fuerte. Ahí me di cuenta de cómo pasó el tiempo. Fue una experiencia terrible”, varón 39); y entre las mujeres, la marcación del “reloj biológico” para acceder a la maternidad. Marcación que genera mucha angustia y que se ve incrementada ante la mirada de los otros. Como indicadores subjetivos los adultos jóvenes señalan cambios en los gustos y preferencias y mayor conciencia de límites ante las posibilidades de elección de opciones vitales. En esta década observamos, además: o rechazo reactivo hacia los adolescentes para favorecer la propia diferenciación; o perseverancia de las identificaciones con los más jóvenes en un intento de negar el paso del tiempo.

En la adultez media (40-50 años) los indicadores objetivos de la temporalidad son el crecimiento de los hijos - especialmente si cursan la adolescencia- y el envejecimiento y muerte de los padres. También, e intensamente en las mujeres, el registro de los cambios corporales que desencadena la menopausia y que suele ser vivida con sesgos depresivos o con negación (“Estoy con un atraso... y no sé si es un embarazo o la edad”, mujer, 43). Por el contrario, los hombres acusan poco registro de los cambios corporales (“No noto ningún cambio”, varón, 45). Observamos reacciones de negación o reconocimiento de los mismos a través de enfermedades somáticas.

En los dos géneros, y ante la adolescencia de los hijos, detectamos varios casos de competencia con ellos; rechazo de la propia edad cronológica, renegación de la madurez lograda y quejas por las responsabilidades adquiridas.

En la adultez madura (50-60 años), el acomodamiento en la cadena generacional se ha afianzado (“Tengo todo el tiempo del mundo. Soy una señora grande y no tengo chicos que me lloren”, mujer, 57).

Se advierte una clara diferenciación respecto al mundo de los jóvenes, menos manifestaciones de competencia y mayor empatía -por identificación retrospectiva- con la imagen de los propios padres y mayores, de la época en que ellos tenían la edad actual de sus hijos (“Ahora que miro para atrás, puedo ver cosas que antes no veía de mis padres”, mujer, 56).

El ejercicio de los roles materno y paterno se vuelve menos exigente ante el crecimiento y el logro de una mayor autonomía por parte de los hijos. Si éstos, además trabajan y se sostienen económicamente, el “alivio” se intensifica y los vínculos parento-filiales tienden a mejorar (“Es un alivio ver que mis hijos me necesitan menos”, mujer, 52); (“Ahora no tengo que preocuparme tanto por el futuro de mis hijos y puedo hacer cosas para mí mismo”, varón, 56)

Detectamos, también, tendencia a afianzar o recuperar vínculos con hermanos/as y amigos/as de la infancia y a la emergencia de conductas reparatorias en general (“Ahora no corto lo que se puede desatar”, mujer 56).

La mayoría de los entrevistados han perdido a ambos progenitores, y en los casos en que uno o ambos, aún viven, son ancianos. El vínculo parento-filial de antaño queda invertido entonces, y son los hijos/as los que pasan a ocuparse de su madre o padre ancianos, situación que cursa, especialmente para las hijas, con un gasto libidinal muy elevado (“Me dediqué a mi hogar y a mis hijos, y ahora a mis padres”, mujer, 51, padres de 80 y 82 años).

Si los padres ancianos tienen deterioros importantes de salud la anticipación cognitivo-emocional de la posibilidad de su muerte resulta frecuente, pero el dolor ante esta idea se ve amortiguado por la edad de los progenitores “que están mayores” o “muy grandes” (“Depende mucho de mí”, mujer, 51, refiriéndose a su madre de 73 años, viuda).

Otro rol que aparece con fuerza durante la adultez madura es el rol de abuelo/a. En ambos géneros y generalizando, tificamos tres actitudes paradigmáticas:

- Incomodidad o rechazo hacia la identidad de abuela/o. (“Sí, la nena es un sol, pero esto de nieta, ja, ja, me resulta gracioso... ¿qué es una nieta?, ¿la hija de tu hijo?, mujer, 50); (“Me siento raro con eso de ser abuelo”, varón, 53).
- Despersonalización expresada a través del uso de frases ‘hechas’ y con sesgos reactivos para referirse a sus nietos/as. (“Son la luz de mi vida, son la luz de mis ojos... no podría vivir sin ellos”, mujer, 51); (“Los amo con locura”, varón, 59, sus nietos viven lejos).
- Adecuación positiva al rol de abuelo/a. (“Lo que más me gusta de ser abuela es que uno tiene menos responsabilidades que como madre y mucha experiencia acumulada”, mujer, 58); (“Yo trato de verlos seguido, día por medio, aunque se me complique, me organizo para verlos y paso o los saco”, varón, 50).

En los sectores populares, y continuando con la tendencia de la década anterior, la abuelidad (particularmente con los y las hijos/as de las hijas) entre las mujeres, sigue siendo asumida como una segunda maternidad (“Yo a mi hija le digo: ‘la madre sos vos’, pero a la nena la que la cuida soy yo”, mujer, 50).

No detectamos, en la adultez madura, el carácter permanentemente recordatorio de la propia finitud que hipotetizamos –para una próxima investigación- conlleva la abuelidad en las etapas siguientes de la vida (a partir de los 60 años).

## 5. Diferencias según género

Durante toda la adultez, las mujeres se presentan desde sus roles afectivos y familiares - hija, madre, abuela, esposa.

Los varones lo hacen desde sus roles laborales o desde sus filiaciones deportivas, políticas o públicas en general.

Entre las mujeres detectamos priorización de intereses relacionados con la maternidad y la crianza de los hijos y secundarización de otros intereses, que surgen más intensamente ante el crecimiento de los mismos. (“Me gustaría hacer un montón de cosas, pero las estoy relegando porque no le podría dedicar tanto tiempo a mis hijos o a mi casa”, mujer, 38, 2 hijos). Las acciones para concretar proyectos pendientes (estudios, inserción laboral, actividades recreativas) se suelen poner en marcha entre las mujeres al concluir la adultez joven y particularmente durante la adultez media,

Entre los varones, lo relativo al nacimiento de los hijos y al ejercicio de la paternidad está menos libidinizado y se observa una mayor concentración en intereses personales (trabajo, deportes, recreación). La dimensión sociopolítica aparece además, como un centro de interés muy valorizado.

Muchos hombres que actualmente cursan la adultez media y madura, expresan gratitud por vivir esta etapa de sus vidas en una sociedad democrática y hacen referencia a la época de la última dictadura en la que vivieron sus adolescencias o juventudes. (“Cuando siento el vacío generacional que dejó la dictadura... agradezco poder estar hoy viviendo estas condiciones sociopolíticas”, varón, 50).

(“La vida del homosexual es compleja y difícil. La vida en sí es difícil, pero la del homosexual, más. Ahora no tanto, pero antes... antes te marcaban, que el vecino esto, que el

vecino lo otro, que no tiene mujer... y teníamos en contra a la policía. Nos perseguían, pero mal, por “amoral. Nos llevaban, nos ponían un Segundo H (del Código Contravencional) que era sinónimo de prostitución y al otro día todo el mundo se enteraba de que estuviste preso... ahora no siento discriminación y si la siento puedo enfrentarla. varón, 55).

Las mujeres registran y verbalizan más la problemática asociada a los cambios corporales que produce el devenir temporal (embarazos, cese de la menstruación y fenómenos perimenopaúsicos en general, envejecimiento), cambios que son mejor aceptados entre las mujeres de los sectores populares que incluso pueden abordar el tema con humor. (“Estoy irritable, cansada y gorda,... una pinturita, la edad y la menopausia no vienen solas”, mujer, 50).

Los hombres, por el contrario, tienden a no hablar de los cambios en el cuerpo y si lo hacen suele ser a partir de alguna enfermedad o accidente. (“Me siento bien, no noto muchos cambios y voy a trabajar hasta que el cuerpo aguante”, varón, 52)

### Conclusiones desde la construcción subjetiva

Encontramos que, desde el punto de vista de la subjetividad, la auto percepción de adultez y de madurez emocional va sufriendo modificaciones a lo largo de la vida; y que si bien las características psicológicas definidas por la psicología del desarrollo y el psicoanálisis para la madurez afectiva se observan en las personas entrevistadas, no se dan en forma absoluta ni continua.

Por el contrario, las expresiones de adultez, desde el punto de vista psicológico social, no son el resultado de un proceso siempre lineal y progresivo sino que, durante toda la adultez, se advierte, en menor o mayor grado, la coexistencia de funcionamiento psíquico propio de modalidades inmaduras (dependencia infantil, búsqueda de gratificación inmediata, reacciones impulsivas) con modalidades más maduras (dependencia discriminada, ajuste a la realidad, reconocimiento de los propios límites, postergación de la gratificación).

Detectamos que las valoraciones y expresiones negativas acerca de la representación de adultez, el rechazo de la propia edad cronológica, la competencia con las generaciones más jóvenes y la renegación de las responsabilidades propias de la etapa, están siempre condicionadas por cómo cada uno de los entrevistados vivieron sus propias infancias y adolescencias.

Observamos que tiende a lograrse una mejor instalación en la adultez cuando se vivió intensamente la adolescencia (con crisis de identidad profunda y oposición generacional manifiesta). Mientras que cuando no se vivió adecuadamente la infancia y la adolescencia y hubo sobreadaptación y pseudomadurez durante estas etapas, se tienden a mantener con mayor vigencia, durante el resto de la vida, las modalidades inmaduras del funcionamiento psíquico.

Las dificultades de acceso a conductas maduras estarían influidas también, en algunos casos, por las intensas exigencias socioculturales actuales a seguir siendo joven y aparentar serlo.

Por último, queremos señalar, que en términos generales, más allá de la aceleración con que se suceden las diferentes generaciones en las familias, no encontramos, desde el punto de vista de la construcción subjetiva de la madurez emocional, diferencias demasiado significativas entre los distintos sectores socioeconómicos - bajo, medio-bajo y medio - que abordamos en esta investigación y que, en algunos casos, lo que podría confundirse con inmadurez evolutiva es en realidad patología psicológica.

#### Notas

(1) ALLIDIÈRE, Noemí. (1995) *Observaciones sobre la infancia ¿una categoría psicosociológica problemática?* En Cuadernos de Trabajo Social N° 1, UBA, Bs. As.

(2) ALLIDIÈRE, Noemí. (2002) “El vínculo adulto-niño: una asimetría en crisis” o “Zapping” a la infancia”. En *Crónicas del Malestar Docente. En Ensayos y Experiencias*, N°42. Buenos Aires. Ediciones Novedades Educativas.

(3) Las entrevistas semiestructuradas en profundidad que constituyen la muestra estudiada, fueron realizadas por los alumnos que cursaron la asignatura Psicología Evolutiva y de la Personalidad (cátedra Allidière), carrera Trabajo Social, UBA, durante el segundo cuatrimestre de 2007, los primeros y segundos cuatrimestres de 2008 y 2009 y el primer cuatrimestre de 2010.

## Bibliografía

- ALLIDIÈRE, Noemí. (1995) *Observaciones sobre la infancia ¿una categoría psicosociológica problemática?* En Cuadernos de Trabajo Social N° 1, UBA, Bs. As.
- ALLIDIÈRE, Noemí. (2002) “El vínculo adulto-niño: una asimetría en crisis” o “Zapping” a la infancia”. En *Crónicas del Malestar Docente. En Ensayos y Experiencias*, N°42. Buenos Aires. Ediciones Novedades Educativas.
- ALLIDIÈRE, Noemí. (2004) *El vínculo profesor-alumno: una lectura psicológica*. Buenos Aires. Biblos.
- BADINTER, Elizabeth. (1981) *¿Existe el amor maternal?* Barcelona. Paidós-Pomaire. 1° edic. castellana.
- BERENBAUM, L- ALLIDIÈRE, N. (1997) *Aduldez*. En *Fundamentos de Psicología*.
- ALLIDIÈRE, N.; FERRARI, R.; SOLA, L .Y BERENBAUM, L. Bs. As. Edit. by Allidière y otros.
- BURIN, Mabel. *La crisis de la mediana edad en las mujeres: de los viejos problemas a las nuevas propuestas*. (En ficha)
- COREA, Cristina- LEWKOWICZ, Ignacio. (1999) *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Bs. As. Editorial Lumen.
- DI SEGNI OBIOLS, Silvia. (2002) *Adultos en crisis, jóvenes a la deriva*. Bs. As. Ediciones Novedades Educativas, 1°ed.
- DI SEGNI OBIOLS, Silvia. (1994) “Adolescente-adulto ¿adulto- adolescente?” En *Vertex, Revista Argentina de Psiquiatría*. Buenos Aires. Vertex.
- ERIKSON, Erik. (1986) *Infancia y Sociedad*. Bs. As. Paidós.
- ERIKSON, Erik. (1980) *Juventud, Identidad y Crisis*. Madrid, Taurus.
- FERRARI, Héctor. (2001) *Salud Mental en Medicina*. Cap. XVII. Bs. As. Edit. La Prensa Médica.
- GRIFFA, María C.- MORENO, José E. (2005) *Claves para una Psicología del Desarrollo: adolescencia-aduldez-vejez*. Vol. II. Buenos Aires. Editorial Lugar
- KHAN, Masud. (1982) *La intimidad del sí mismo*. Buenos Aires. Paidós.
- MAUSE LLOYD DE y otros. (1982) *Historia de la Infancia*. Madrid. Alianza.
- MARGULIS, Mario. (1994) *La cultura de la noche*. Buenos Aires. Espasa.
- MELILLO, A.- SUÁREZ OJEDA, E (compiladores). (2002) *Resiliencia: descubriendo las propias fortalezas*. Cap.4. Buenos Aires. Paidós.

MUREKIAN, Noemí. (1988) *Por el camino de nuestra percepción social de la salud mental*.

Ponencia presentada en el tercer Seminario-Taller de Investigación en Ciencias de la Salud.

Buenos Aires.

SALVAREZZA, Leopoldo. (1991) *Psicogeriatría*. Buenos Aires. Paidós.

WINNICOTT, Donald. (1992) *Realidad y Juego* (1971) Barcelona. Editorial Gedisa.